

LA VIDA CONSAGRADA EN SALIDA HACIA LAS FRONTERAS

Estamos en vísperas del inicio del año la vida consagrada, que vamos a celebrar en el marco de los 50 años de postconcilio. Será, sin duda, tiempo propicio para agradecer cuanto el Espíritu nos ha regalado, para asumir con responsabilidad el presente y para mirar hacia delante con esperanza.

Considero oportuno el tema que me habéis propuesto. Espero nos ayude a adentrarnos en la celebración de este acontecimiento. Se encuadra en la preocupación de la Iglesia por mantener viva la conciencia de que su primordial tarea es evangelizar. El Papa Francisco ha subrayado que todo el Pueblo de Dios y la vida consagrada deben salir e ir a las fronteras. Lo dice para todos los miembros de la Iglesia en la exhortación *Evangelii Gaudium* y lo ha expresado en entrevistas y coloquios con religiosos. Nos urge a ser “evangelizadores con Espíritu” y a que “no nos dejemos robar la alegría evangelizadora” (EG 83). A la vez, nos ha indicado un itinerario espiritual para salir, para caminar, para habitar en las fronteras. Jesús es nuestro modelo en el caminar, en el abrirse paso, en el “pasar a la otra orilla”¹

EL PAPA FRANCISCO DESPIERTA AL MUNDO

El Papa Francisco decía a los Superiores Generales: “¡Despierten al mundo”². . Es él quien despierta al mundo con su presencia, su forma directa de hablar y su estilo de vida evangélica. Despierta al mundo anunciando la primacía del amor de Dios en Jesucristo, el enviado del Padre y el ungido por el Espíritu Santo; proclamando la misericordia y la compasión e impulsando el diálogo, la reciprocidad y la inclusión; insistiendo en la inmersión en lo real con palabras y con obras, contagiando la alegría y la verdad. Todo es fruto de su experiencia de haber transitado, habitado y cruzado fronteras en su ministerio episcopal. Sus gestos tienen olor a ovejas y muestra su dolor al ver que hoy sólo hay una en el redil³. Despierta al mundo proponiendo sus sueños de reforma, de una Iglesia de discípulos y misioneros libres y audaces para anunciar el Evangelio. Quiere una Iglesia itinerante que “sale” y “va” a las periferias existenciales.

En las reuniones previas al conclave, el Cardenal Jorge Bergoglio dijo lo que pensaba sobre la Iglesia y el Papa. Reproduzco los puntos esenciales de su discurso:

¹ Jesús va “siempre a la «otra orilla». ¿Adónde iba? ¿Qué éxtasis le proyectaba fuera de los caminos trillados, siempre más lejos, siempre en éxodo? En la intimidad, hablaba de su éxodo, el que iba a cumplir en Jerusalén (Le 9,30-31). Pero, a las inmediatas, ¿qué le hacía ir de ciudad en ciudad, de aldea en aldea? ¿Qué buscaba? Avizoraba al ausente, al que faltaba, al más alejado. A la oveja descarriada, al hombre perdido. Al hombre sin nombre, sin rostro. Al leproso, al pecador, al excluido, al reprobado. O, más simplemente, al que pensaba de otra manera. En una palabra, al «otro». Preferentemente, iba siempre a aquellos a quienes la sociedad rechazaba: «esa plebe que ignora la Ley y está maldita» (Jn 7,49).” ÉLOI LECLERC, *El Dios Mayor*, Sal Teræ, Santander, 1997, p. 69.

² PAPA FRANCISCO, “¡Despierten al mundo!”, *Diálogo del Papa sobre la vida religiosa*. La Civiltà Cattolica, 2014,1, 3-17. Es el texto del encuentro con los Superiores Generales, noviembre, 2013.

³ “En el Evangelio es bonito ese pasaje que nos habla del pastor que, cuando vuelve al ovil, se da cuenta de que falta una oveja: deja las 99 y va a buscarla, a buscar una. Pero, hermanos y hermanas, nosotros tenemos una; ¡nos faltan 99! Debemos salir, ¡debemos ir hacia los demás! En esta cultura—digámonos la verdad— tenemos sólo una, ¡somos minoría! ¿Y sentimos el fervor, el celo apostólico de ir y salir y buscar las otras 99? Esta es una gran responsabilidad y debemos pedir al Señor la gracia de la generosidad y el valor y la paciencia para salir, para salir a anunciar el Evangelio”. Papa Francisco, *Discurso* del 17 de junio 2013.

“1. *Evangelizar supone celo apostólico*. Evangelizar supone en la Iglesia la parresía de salir de sí misma. La Iglesia está llamada a salir de sí misma e ir hacia las periferias, no solo las geográficas, sino también las periferias existenciales: las del misterio del pecado, las del dolor, las de la injusticia, las de la ignorancia y prescindencia religiosa, las del pensamiento, las de toda miseria.

2. - Cuando la Iglesia no sale de sí misma para evangelizar deviene autorreferencial y entonces se enferma.

3. - La Iglesia, cuando es autorreferencial, sin darse cuenta, cree que tiene luz propia; deja de ser el *mysterium lunae* y da lugar a ese mal tan grave que es **la mundanidad espiritual**.

4. - Pensando en el próximo Papa: un hombre que, desde la contemplación de Jesucristo y desde la adoración a Jesucristo ayude a la Iglesia a salir de sí hacia las periferias existenciales, que la ayude a ser la madre fecunda que vive de “la dulce y confortadora alegría de la evangelizar”⁴.

LA IGLESIA EN SALIDA

En su Exhortación postsinodal y carta programática *Evangelii Gaudium*, pide a la Iglesia que no se cruce de brazos contemplando desde el balcón lo que pasa. Cuando habla de una “Iglesia en salida”, se trata de una “salida misionera”, que es *el paradigma de toda obra de la Iglesia*” (EG 15). Es la prolongación del envío de Jesús resucitado a todos sus discípulos para anunciar el Evangelio (cf. Mt 28, 19-20). “En la Palabra de Dios aparece permanentemente este dinamismo de “salida” que Dios quiere provocar en los creyentes” Y, tras hacer mención de Abraham, Moisés, Jeremías, añade: “cada cristiano y cada comunidad discernirá cuál es el camino que el Señor le pide, pero todos somos invitados a aceptar este llamado: salir de la propia comodidad y atreverse a llegar a todas las periferias que necesitan la luz del Evangelio”. (EG 20).

También son muy expresivas estas sus palabras al denunciar “la mundanidad espiritual”: “Hay que evitarla poniendo a la Iglesia en movimiento de salida de sí, de misión centrada en Jesucristo, de entrega a los pobres. ¡Dios nos libre de una Iglesia mundana bajo ropajes espirituales o pastorales! Esta mundanidad asfixiante se sana tomándole el gusto al aire puro del Espíritu Santo, que nos libera de estar centrados en nosotros mismos, escondidos en una apariencia religiosa vacía de Dios. ¡No nos dejemos robar el Evangelio!” (EG 97).

El Papa define la Iglesia “en salida” como “la comunidad de discípulos misioneros que primerean, que se involucran, que acompañan, que fructifican y festejan” (EG 24); como “una madre de corazón abierto”; como una “Iglesia de puertas abiertas” (EG 46).

UNA VIDA CONSAGRADA EN SALIDA

El Sínodo sobre la nueva Evangelización pidió “a las órdenes y congregaciones religiosas estar totalmente disponibles para ir a las fronteras geográficas, sociales y culturales de la evangelización”⁵. En la exhortación postsinodal, el Papa ha hablado a todo el Pueblo de Dios, según ha sido siempre su costumbre, y por lo mismo, cuanto ha dicho a la Iglesia, nos lo ha dicho a todos nosotros, consagrados. Quiere decir que hemos de implicarnos en la reforma de las estructuras, métodos y estilos de evangelización y vivir la misión en salida con talante profético. Tampoco nosotros, consagrados, podemos quedarnos en la autorreferencialidad ni encerrarnos en nuestros “nidos”.

⁴ El texto íntegro lo dio a conocer el Cardenal de la Habana, Mons. Jaime Ortega. Está publicado en la revista “Palabra nueva”, Arquidiócesis de la Habana, abril, 2014,

⁵ SÍNODO SOBRE LA NUEVA EVANGELIZACIÓN, *Proposición 50*.

En la carta de la CIVCSVA “*Alegraos*” hemos recogido algunos mensajes del Papa a la vida consagrada sobre el encuentro con Cristo, quien nos libera del aislamiento, nos descentra y nos relanza en salida, en misión evangelizadora, hacia las pobrezas, las periferias y las fronteras. Ya conocéis los textos de la entrevista concedida a las revistas de los Jesuitas y del encuentro con los Superiores Generales.

La vida religiosa que el Papa propone comporta una misión profética de profunda experiencia de Dios y de servicio a los hermanos. Nos quiere buscadores, fieles, animosos y valientes para ir contra corriente de la actual cultura eficientista, de la cultura del descarte. Nos pide combatir el fantasma de una vida religiosa entendida como refugio y consuelo ante un mundo *externo* difícil y complejo.⁶

En lo que nos ha ido diciendo y escribiendo el Papa se aprecia una visión del hombre y del mundo de corte *personalista* y *comunitario*. Resalta la realidad histórica, el encuentro, el diálogo, la reciprocidad, la implicación, la complementariedad. Lucha contra la exclusión y el descarte. En esta perspectiva cobra especial relieve la invitación a *salir e ir a las fronteras*. “Cuando insisto en la frontera de un modo especial, me refiero a la necesidad que tiene el hombre de cultura de estar inserto en el contexto en que actúa y sobre el que reflexiona. Nos acecha siempre el peligro de vivir en un laboratorio. La nuestra no es una fe-laboratorio, sino una fe-camino, una fe histórica. Dios se ha revelado como historia, no como un compendio de verdades abstractas. Me dan miedo los laboratorios porque en el laboratorio se toman los problemas y se los lleva uno a su casa, fuera de su contexto, para domesticarlos, para darles un barniz. No hay que llevarse la frontera a casa, sino vivir en frontera y ser audaces”. La palabra “frontera” no es una palabra más, sino una realidad compleja que está llena de riesgos y oportunidades.

Los consagrados tenemos experiencia de estar en las fronteras. Sabemos lo que es dejar familia, patria, cultura y proyectos para situarnos en puestos misioneros difíciles. Siguen resonando con fuerza las palabras de Pablo VI: Los religiosos “son emprendedores y su apostolado está frecuentemente marcado por una originalidad y una imaginación que suscitan admiración. Son generosos: se les encuentra no raras veces en la vanguardia de la misión y afrontando los más grandes riesgos para su salud y su propia vida. Sí, en verdad, la Iglesia les debe muchísimo” (EN 69). Hemos aprendido de la historia de la Iglesia, que es historia de evangelización, cómo habitar en las fronteras de la vida y asumir las diferencias de género y de condiciones sociales, de establecer el diálogo, de promover la convivencia, de aceptar el desierto y el exilio, de integrar culturas, de situarse ante la enfermedad y la muerte. En todos los Institutos encontramos crónicas admirables que narran cómo los religiosos y religiosas han hecho memoria de la alianza divina y han construido la familia de los hijos de Dios. Desgraciadamente, también tenemos hechos de repliegue, de volver a las trincheras, de mantenernos en la rutina de lo que hacemos. Por eso, este tema nos obliga a revisar nuestras actitudes y nuestras posiciones apostólicas y a recuperar energías y coraje para el servicio evangelizador. Hoy no sólo tenemos que discernir los signos de los tiempos, sino también de los lugares.

DESAFÍOS DE LAS FRONTERAS HOY

Permitidme, antes de seguir adelante, encuadrar el tema de las fronteras en el proceso de renovación postconciliar. En las tres primeras décadas del postconcilio, tanto la Iglesia como la vida religiosa, insistieron en la opción por los pobres y la opción por la misión “ad gentes”. En las dos últimas décadas, comenzamos a subrayar la comunión misionera y la opción por la fraternidad universal. En este marco de

⁶ ID, “¡Despierten al mundo!..I.c.p. 10.

comunidad y fraternidad es donde nos situamos para hablar hoy de las nuevas fronteras y sus desafíos para la vida consagrada. Vivimos en un mundo plural, globalizado e intercultural en el que, a la vez que todo parece universalizarse, crecen las divisiones y las diferencias. La convivencia en la diversidad étnica, cultural y religiosa es el reto de nuestra ciudadanía. El pluralismo y sus fronteras a unos les fascinan y a otros les echa hacia atrás o se encierran en sus murallas.

Algunos documentos del Magisterio y de los Capítulos Generales piden a los religiosos que estén en las fronteras de la evangelización. “Se trata de estar cerca de los pobres, de los ancianos, de los tóxico dependientes, de los enfermos de SIDA, de los desterrados, de las personas que padecen toda clase de sufrimientos por su realidad particular”⁷. Igualmente se ha estado haciendo mención de algunos areópagos como la educación, la cultura y los medios de comunicación⁸.

La forma de entender hoy las “fronteras” parece haberse ensanchado⁹. Se suele hablar de “nuevas” fronteras porque van emergiendo nuevos límites, con distinto relieve, en el campo de lo real y de lo virtual. Generalmente han estado referidas a los espacios físicos y límites geográficos, sociales, religiosos y culturales. Unas son muy estrictas y causan conflictos que llevan a la exclusión y a discriminación. Sobre todo, en el caso de la inmigración y de los refugiados. No pocas veces causan violencias físicas y psíquicas. Otro tipo de fronteras suaves, imprecisas, se han ido haciendo presentes en el mundo simbólico y mediático. Son propias de esta época de globalización. Su definición es más compleja y difusa¹⁰. También sutilmente pueden provocar violencia ideológica. Lo cierto es que las fronteras nos sitúan ante “los otros”, ante los diferentes y distintos.

Las fronteras conllevan distintos desafíos que interpelan y cuestionan. Por ejemplo, en la frontera de la migración surgen desafíos de pobreza, vivienda, política de aceptación, etc. Las fronteras son atalayas desde donde se divisan realidades diversas. Las fronteras seducen, provocan y enriquecen. Es el lugar de la encrucijada entre la acogida y la exclusión. Saben de límites y de recuperación; de estrechez y de vigor para el relanzamiento. Dispone de puertas de entrada y salida y puentes para cruzar. A la vez que abren horizontes y ofrecen sentido, exigen redimir los límites y confiar en los riesgos. Suscitan, por un lado, curiosidad, interés, asombro y obligan a buscar, preguntar, dialogar e intercambiar. Por otro lado está el recelo, la sospecha, el retraimiento. La frontera conlleva una diferencia que puede ser alteridad o solisismo y puede promover el encuentro o la división. Es el espacio donde emergen las oportunidades y las amenazas, las sinergias y las tensiones conflictivas y violentas. Mirando su lado positivo, es donde la vida se entreteje y agranda^{11 12}.

⁷ *Caminar desde Cristo*, 36.

⁸ Cf. VC 96-99.

⁹ Al hablar de “nuevas fronteras” no son pocos los que aluden a las relaciones y contraposiciones entre vida y muerte, amor y odio, libertad y opresión, justicia y violación de derechos, paz y violencia, pobreza y opulencia, dominación y dependencia, igualdad y disparidad, inclusión y exclusión, lo humano y lo cristiano, fe y razón-cultura, mujer y hombre (género), persona y comunidad, ciudadano y emigrante, naturaleza e historia, globalización y localización, real y virtual, contemplación y acción, carisma e institución, lo que une y lo que separa, lo común y lo diferente, etc.

¹⁰ “Las fronteras han pasado de ser un tablero de ajedrez a un cubo Rubik de múltiples caras. Sus combinaciones son más complejas. No es fácil hacerse idea del mapa de las nuevas fronteras del mundo. Los países ya no tienen forma de plano ni tampoco son líquidos, sino que los países tienen forma de bola de polvo, nube gaseosa o de portal web”. (...) “La frontera puede ser brecha y puede ser puente; puede ser valla o puede ser paso; puede ser cañón o puede ser puerta”. **FERNANDO VIDAL FERNÁNDEZ**, *La idea de fronteras en la sociedad gas. Nuevas fronteras gritan en viejos mapas mudos*. Iglesia Viva, n. 243 (2010), p. 39 y p. 47. Hay demasiados espacios que no son de nadie. Nos movemos en una sociedad invisible, en la que tienen una gran fuerza los poderes anónimos. Pensemos en la información en red y en la economía. Cf. **DANIEL INNERARITY**, *Un mundo de todos y de nadie. Piratas, riesgos y redes en el nuevo desorden global*. Paidós, Barcelona, 2013.

¹¹ Nuestro escritor y humanista **J. L. Sampedro**, en su discurso ante la Real Academia Española, se expresaba en tomo a las

Ante este complejo panorama sobre las fronteras, nuestra preocupación es la misión evangelizadora. Los grandes desafíos que nos lanza giran en torno al anuncio del Reino de Dios. Somos, como subraya el Celam en *Aparecida*, *discípulos* y *misioneros*. Estamos en misión por gracia, por el Espíritu Santo que se nos ha dado (cf Rm 5,5). Esta donación dinamiza la apertura ante lo nuevo, el conocimiento de la situación, el discernimiento de las fuerzas contrarias y las nuevas oportunidades, la universalidad, la disponibilidad y el compromiso del evangelizador. Las fronteras requieren, por lo tanto, que tengamos bien abiertos los ojos y los oídos, la mente y el corazón y que tengamos los pies ágiles para cruzar y las manos adiestradas para indicar, para entretejer, para curar y para proteger. Piden nuestra plena implicación como consagrados. Sobre todo, suponen no pequeños despojos y desprendimientos de posiciones adquiridas en la forma de ver, de pensar y de actuar. La voz de las fronteras es una alarma para los instalados.

Paul Tillich decía que la frontera era el lugar específico de algunos espíritus . Se nos puede aplicar muy bien a los religiosos y religiosas porque, por vocación y misión, somos instrumentos de comunión. El desafío que nos hacen las fronteras es dejar de “balconear” -como dice el Papa-, y bajar a la calle de lo fronterizo y lo limítrofe; establecer puentes, vínculos, conexiones para colaborar en la transformación del mundo según el espíritu de las Bienaventuranzas (cf. LG, 31). No es, pues, cuestión de teorizar, sino de asumir la situación de la pobreza, de la injusticia, de la dura realidad de la exclusión donde se ningunea la dignidad de la persona, donde se padece violencia y discriminación. La parábola del Samaritano inspira un estilo de vida personal y comunitaria para nuestro tiempo por la sensibilidad, la acogida, la solicitud y el desvivirse por los atropellados y maltratados; por aquellos a los que nadie hace caso. ¿No se nos ha pedido reiteradamente que nos ocupemos de aquello que el mundo descuida y que respondamos generosamente y con audacia, aunque sea con intervenciones obligadamente exiguas, a las nuevas pobrezas, sobre todo en los lugares más abandonados?¹³

LLEGAR, HABITAR, CRUZAR FRONTERAS

1. Misión y salida

Jesús sigue diciéndonos: “Dadles vosotros de comer” (Le 9,13). Son muchos los hombres y mujeres en el mundo que, como el macedonio (Hch 16, 6-9), dicen a los religiosos y religiosas: “pasad hasta nosotros y ayudadnos”. Para pasar hay que estar dispuestos a dejarlo todo y acudir ante quienes nos necesitan. Salimos para *encontrarnos* con los lejanos, con los otros, los diferentes, los que se hallan aislados y en soledad, los que sufren la distancia entre su dignidad humana y el maltrato que reciben; los que tienen experiencias religiosas distintas, los que actúan desde otra jerarquía de valores; los que se mueven sin sentido y no creen.

La experiencia del envío como gracia, como signo de amor, como efusión del Espíritu impulsa la salida de nuestro mundo de intereses menores. Promueve la disponibilidad y el servicio sin cálculos de espacios y tiempos. El amor hasta el extremo de Jesús, el predilecto, “a quien el Padre ha consagrado y enviado al mundo” (Jn 10,36), es nuestra puerta de salida, nuestro camino, nuestra verdad y vida. Es así

fronteras de esta forma: “*la frontera es provocadora, alzándose como un reto, amorosa invitación a ser franqueada, a ser poseída, a entregarse para darnos con su vencimiento nuestra superación: ese es el encanto profundo del vivir fronterizo. Encanto compuesto de ambivalencia, de ambigüedad —no son lo mismo—, de interpenetración, de vivir a la vez aquí y allá sin borrar diferencias*”. JOSÉ LUIS SAMPEDRO, *Fronteras*, Aguilar, colección Crisol, Madrid, 1991, pp. 47-48.

¹² Cf. PAUL TILlich, *En frontera*. Studium, Madrid, 1971.

¹³ Cf. *La vida fraterna en comunidad*, 67 y VC 63

como hacemos presente la forma de vida que llevó en este mundo¹⁴.

El Papa Francisco pone especial énfasis en la salida de nosotros mismos y en el encuentro interpersonal¹⁵. Salir, antes que movimiento físico, es movimiento interior. Es haberse dejado tocar y mover por el Espíritu y haberse inflamado de la caridad de Cristo que nos apremia (2 Co 5,14) y nos pone en relación con los hermanos. El encuentro con Cristo relanza al encuentro con los demás y nos lleva a los más pobres y necesitados. La salida de sí comporta un proceso de liberación, derribar las paredes del egocentrismo, y ser libres para los demás; desprenderse de lo que se tiene, del puesto que se ocupa y de lo que se proyecta; liberarse de las ataduras de los espacios y tiempos, de los afectos, de las costumbres y de otras ocupaciones, a veces buenas, pero no tan urgentes y necesarios de evangelización.

Los religiosos evangelizadores prueban en estas salidas a las fronteras la credibilidad de la universalidad y disponibilidad inherentes a su consagración. Unas veces afecta a lo personal, otras a las comunidades y a las instituciones. Es frecuente constatar las crisis de pertenencia y disponibilidad a niveles personales, pero no son menos a niveles comunitarias, provinciales y congregacionales. Una de las grandes urgencias de la vida consagrada es recrear la disponibilidad, revivir el entusiasmo que no repara en renunciaciones y sacrificios, para ir a las fronteras y afrontar los riesgos, las renunciaciones, los sacrificios. No se es disponible de una vez para siempre. Por eso hay que cultivar la libertad interior desde la motivación y desde la apertura a una nueva vida. Sólo así se podrá hacer realidad el mensaje de Jesús en el evangelio de Mateo, 25, 35- 36. Nuestra misión es impregnar de evangelio, de alegría, los encuentros con “los otros” en todos los espacios, sean reales o virtuales.

2. Salir sabiendo dónde se va

Somos buscadores. Así le gustaba llamarnos Benedicto XVI. Y con razón. En la entraña de nuestro corazón, porque el Espíritu ha impreso la imagen de Dios-Trinidad, que es amor, hay un impulso que nos lleva a buscar su rostro. En lo más profundo de nuestro ser resuenan las palabras del profeta: “*Buscad a Dios y viviréis*” (Am 5, 46). “La mirada fija en el rostro del Señor no atenúa en el apóstol el compromiso por el hombre; más bien lo potencia, capacitándole para incidir mejor en la historia y liberarla de todo lo que la desfigura. La búsqueda de la belleza divina mueve a las personas consagradas a velar por la imagen divina deformada en los rostros de tantos hermanos y hermanas, rostros desfigurados por el hambre, rostros desilusionados por promesas políticas; rostros humillados de quien ve despreciada su propia cultura; rostros aterrorizados por la violencia diaria e indiscriminada; rostros angustiados de menores; rostros de mujeres ofendidas y humilladas; rostros cansados de emigrantes que no encuentran digna acogida; rostros de ancianos sin las mínimas condiciones para una vida digna” (VC 75).

El itinerario hacia el otro, que puede estar cerca o puede estar lejos, tiene como punto de partida el despojo y la generosidad. Supone descolocarse y mirar con confianza el horizonte abierto por el Evangelio del Reino. Es la vía del amor la que hay que recorrer. El evangelizador se sabe en las manos de Dios y, desde la fe, se abre

¹⁴ “Las personas consagradas serán misioneras ante todo profundizando continuamente en la conciencia de haber sido llamadas y escogidas por Dios, al cual deben pues orientar toda su vida y ofrecer todo lo que son y tienen, liberándose de los impedimentos que pudieran frenar la total respuesta de amor. De este modo podrán llegar a ser *un signo verdadero de Cristo en el mundo*”. VC, 25.

¹⁵ *Salir de sí* es lo que los griegos llamaban “éxtasis”, que comporta elevación en la realización personal. No es de extrañar que el Papa diga: “Salir de sí mismo para unirse a otros hace bien. Encerrarse en sí mismo es probar el amargo veneno de la inmanencia, y la humanidad saldrá perdiendo con cada opción egoísta que hagamos” (EG, 87). Véanse también los ns. 20, 21, 179, 272, 274, 282.

al futuro incondicionalmente. Revive el radicalismo que Jesús pidió a sus discípulos¹⁶. Desde los primeros pasos sabe que nada le va a ser fácil, pues sufrirá la incompreensión, el rechazo, el desinterés, pero seguirá su camino con la fuerza del Señor. La compasión y la misericordia le sostienen. Tiene asumida su misión que es salvadora, sanadora, pacificadora y humanizadora.

El camino a recorrer hasta llegar a las fronteras es arduo. El miedo a la diversidad y a lo desconocido; el cansancio, la acedia¹⁷ y la mundanidad¹⁸; la inconstancia y la incapacidad de entregarse pueden impedir el anhelado encuentro. A veces experimentamos pequeñas esclavitudes que nos impiden abrimos y acoger al otro. Pero “uno no vive mejor si escapa de los demás, si se esconde, si se niega a compartir, si se resiste a dar, si se encierra en la comodidad. Eso no es más que un lento suicidio” (EG 272).

3. “Intimidad itinerante y comunión misionera”

En el caminar hacia las fronteras no vamos solos. Jesús ha prometido estar con nosotros todos los días hasta el fin del mundo (cf Mt 28, 20). Nos ha enviado su Espíritu, quien nos hace recordar cómo vivió y lo que nos enseñó. Jesús estuvo siempre en profunda intimidad y comunión con el Padre. “El Padre y yo somos una misma cosa” (Jn 10,30). Y esa intimidad nos ha regalado para que la disfrutemos y para que no nos falte el coraje ante las dificultades. “La intimidad de la Iglesia con Jesús es una intimidad itinerante, y la comunión ‘esencialmente se configura como comunión misionera’” (EG 23). Son nuevas las relaciones que se establecen con los demás cuando el referente es Jesús

Más adelante, esta misma Exhortación dice: “No se puede perseverar en una evangelización fervorosa si uno no sigue convencido, por experiencia propia, de que no es lo mismo haber conocido a Jesús que no conocerlo, no es lo mismo caminar con El que caminar a tuestas, no es lo mismo poder escucharlo que ignorar su Palabra, no es lo mismo poder contemplarlo, adorarlo, descansar en El, que no poder hacerlo. No es lo mismo tratar de construir el mundo con su Evangelio que hacerlo sólo con la propia razón. Sabemos bien que la vida con El se vuelve mucho más plena y que con El es más fácil encontrarle un sentido a todo. Por eso evangelizamos. El verdadero misionero, que nunca deja de ser discípulo, sabe que Jesús camina con él, habla con él, respira con él, trabaja con él. Percibe a Jesús vivo con él en medio de la tarea misionera. Si uno no lo descubre a Él presente en el corazón mismo de la entrega misionera, pronto pierde el entusiasmo y deja de estar seguro de lo que transmite, le falta fuerza y pasión. Y una persona que no está convencida, entusiasmada, segura, enamorada, no convence a nadie” (EG 266).

La “intimidad itinerante y comunión misionera” nos hace recordar a los discípulos de Emaús. La escucha de la Palabra, la Eucaristía, la vuelta a la comunidad y el testimonio gozoso, alegre, por haberse encontrado con Jesús. Palabra de Dios, Eucaristía y comunidad apostólica son tres pilares de apoyo para una vida religiosa en salida hacia las fronteras. Cuando aludo a la comunidad apostólica estoy pensando también en nuestros Pastores, sucesores de los Apóstoles en las Iglesias particulares¹⁹.

¹⁶ Jesús es radical cuando pide a sus discípulos que estuvieran dispuestos a aceptar la aventura del seguimiento (cf. Me 8, 3), a dejarlo todo (cf Me 8,34), a perder la vida por él y el evangelio (cf.Mt 16, 25- 26), a ser eunucos por el Reino de los cielos (cf Mt 19, 11-12), a no preocuparse de la comida, del vestido ni del mañana (cf. Mt 6, 25-34).

¹⁷ Cf. EG, ns. 81-83.

¹⁸ Cf. EG, ns. 93-95.

¹⁹ El texto de Lucas dice: “Y, levantándose en aquel momento, se volvieron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los Once con sus compañeros, que estaban diciendo: “era verdad, ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón” (Lc 24,

Jesús resucitado nos comunica su experiencia pascual dándonos su Espíritu y nos acompaña sin esconder las heridas de su mano y del corazón traspasado. Nos acompaña con los redimidos que quieren seguirle y formar la comunidad constructora de la nueva humanidad inaugurada por su muerte y resurrección. La multitud de carismas y ministerios que se articulan y complementan ofrecen el signo inequívoco de credibilidad²⁰ y de fortaleza. Creer en Jesús resucitado, que es tanto como adentrarse en su misterio pascual, es la clave para cruzar toda frontera y hacer resplandecer la belleza de la vida nueva que nos ofrece.

El posicionamiento ante los desafíos que generan las diversas fronteras pide de los cristianos y, en particular de la vida consagrada, una intensa espiritualidad de comunión. Juan Pablo II decía que la espiritualidad de comunión era el mayor desafío para la Iglesia en el tercer milenio y añadía: “Antes de programar iniciativas concretas, hace falta *promover una espiritualidad de la comunión*, proponiéndola como principio educativo en todos los lugares donde se forma el hombre y el cristiano, donde se educan los ministros del altar, las personas consagradas y los agentes pastorales, donde se construyen las familias y las comunidades. Espiritualidad de la comunión significa ante todo una mirada del corazón sobre todo hacia el misterio de la Trinidad que habita en nosotros, y cuya luz ha de ser reconocida también en el rostro de los hermanos que están a nuestro lado. Espiritualidad de la comunión significa, además, capacidad de sentir al hermano de fe en la unidad profunda del Cuerpo místico y, por tanto, como « uno que me pertenece », para saber compartir sus alegrías y sus sufrimientos, para intuir sus deseos y atender a sus necesidades, para ofrecerle una verdadera y profunda amistad” (NMI, 43).

Ante las dudas de si podremos vivir juntos siendo iguales y diferentes, nosotros, desde la fe, afirmamos la fraternidad universal por la experiencia que tenemos del don compartido en comunidad. La comunidad es un espacio apropiado para la acogida, el encuentro y el crecimiento²¹. En las fronteras lo “mío” es siempre “nuestro”. Como discípulos del Señor estamos llamados a “dar testimonio de una pertenencia evangelizadora de manera siempre nueva. ¡No nos dejemos robar la comunidad!” (EG 92).

La comunión misionera se manifiesta en la colaboración con los pastores y en misión compartida con los laicos, como lo están haciendo ya vuestros institutos. Cuidando la armonía con los otros carismas y ministerios en la Iglesia fortalecemos el dinamismo evangelizador de nuestras presencias y servicios. Os habéis ocupado en distintas ocasiones de los laicos y de los movimientos que comparten vuestra espiritualidad y misión. Aprovecho esta ocasión para alentar este empeño de seguir en mutua colaboración, afirmando la identidad carismática de la comunidad y el mapa bien definido de las competencias²². ¡Es admirable el número de voluntarios que colaboran en la transformación del mundo!

Por otro lado, es nefasto en la Iglesia y en la vida consagrada el afán de buscar

33-34). “Lo importante es no caminar solos, contar siempre con los hermanos y especialmente con la guía de los obispos, en un sabio y realista discernimiento pastoral”. (EG 33).

²⁰ “En esto reconocerán todos que sois discípulos míos, si os amáis los unos a los otros” (Jn 13, 35). “La fe tiene una configuración necesariamente eclesial, se confiesa dentro del Cuerpo de Cristo, como comunión real de los creyentes” **PAPA FRANCISCO**, *Lumen Fidei*, n. 22. ID. “La verdadera fe en el Hijo de Dios hecho carne es inseparable del don de sí, de la pertenencia a la comunidad, del servicio, de la reconciliación con la carne de los otros. El Hijo de Dios, en su encarnación, nos invitó a la revolución de la ternura” (EG 88).

²¹ La comunidad humana puede ser organizada por nosotros mismos, pero nunca podrá ser sólo con sus propias fuerzas una comunidad plenamente fraterna ni aspirar a superar las fronteras, o convertirse en una comunidad universal. La unidad del género humano, la comunión fraterna más allá de toda división, nace de la palabra de Dios-Amor que nos convoca.” (*Veritas in caritate*, 34).

²² Cf. *Faciem tuam*, n 25, f.

lo mío, lo “nuestro” institucional, y no caer en la cuenta de que somos todos convocados a evangelizar. Por lo tanto, es imprescindible dar prioridad a la interacción y a la complementariedad. Empecemos por fomentar en el seno de la vida consagrada y de las Iglesias particulares la paz, la concordia, el mutuo estímulo, la colaboración. Juntos podemos ofrecer la alternativa de la alegre esperanza a un mundo que se olvida de Dios.

4. Habitar en las fronteras

Podemos ceñirnos a las fronteras geográficas, sociales y culturales, que son incluyentes de otras muchas., y preguntarnos: ¿Con qué talante nos movemos en ellas? ¿Qué estilo de vida y qué actitudes han de ser las nuestras como consagrados? Evidentemente nuestra presencia no puede ser neutra, ni descafeinada, irrelevante. No basta guardar las formas, ni mantener simplemente la equidistancia cuando surge el conflicto²³. Sobran la prepotencia y el afán de imposición, pero también el miedo y el retraimiento. Somos testigos de la primacía del Dios y misioneros de los valores del Reino, que es reino de verdad y de vida, de justicia y de paz. Tenemos una consigna evangélica: ser sal de la tierra y luz del mundo (Mt, 5,13-14) y ser levadura en la masa (Mt 13, 33). Nuestro primer servicio es el testimonio evangélico; que nos vean coherentes y transparentes y que es real nuestro amor sin límites. Que puedan comprobar que somos creíbles desde la pobreza, desde la minoridad, y tener la mente pronta y el corazón dispuesto para dialogar y las manos abiertas y alargadas para ayudar. Afirmaremos nuestro compromiso por la justicia y por los derechos humanos y, sobre todo, daremos razón de nuestra esperanza en este mundo tan olvidadizo de lo que es definitivo en la vida.

Habitar en las fronteras pide vigilancia, lucidez, diálogo, discernimiento e inmersión en lo real²⁴. Vigilancia para detectar las novedades del Espíritu y descubrir la voluntad de Dios. La lucidez es necesaria para captar todo el entramado que las nuevas fronteras entrañan y averiguar con acierto el modo de proceder, ya que los intereses son múltiples y se muestran de forma muy sutil. El discernimiento ayuda a asumir los límites y a descubrir los pasos adecuados. Viene en nuestra ayuda la Palabra de Dios que “es viva y eficaz, y más cortante que espada alguna de dos filos. Penetra las fronteras entre el alma y el espíritu, hasta las junturas y médulas; y escruta los sentimientos y pensamientos del corazón” (Heb 4, 12). La inmersión en lo real pide que nos metamos en la vida cotidiana de los demás, con sencillez, humildad “tocando la carne sufriente de Cristo en el Pueblo” (EG 24). El mismo Papa nos alerta: “Nos acecha siempre el peligro de vivir en un laboratorio. La nuestra no es una fe-laboratorio, sino una fe-camino, una fe histórica”²⁵. Hemos de comprometernos en la superación de las tensiones y de los conflictos; cruzar las fronteras y generar una nueva red de relaciones humanas, solidarias y fraternas.

En nuestro mundo por ser tan pluriétnico, pluricultural y plurirreligioso, es urgente disponerse y cultivar el diálogo en sus diversas formas y niveles. San Juan Pablo II llegó a decir que *el diálogo es el nuevo nombre de la caridad* (VC 74). Pablo VI atribuía al diálogo estas cuatro características: 1) la claridad con sentido nítido de

²³ Cada vez se experimenta más “la necesidad del diálogo entre hombres de culturas diversas en un marco de pluralismo que vaya más allá de la simple *tolerancia* y llegue a la *simpatía*”. Juan Pablo II, *Mensaje en la Jornada mundial del emigrante y del refugiado*, (24, noviembre, 2004).

²⁴ **En nuestro mundo cada vez es más posible la universalización pero cada vez es más probable la división. Es un mundo en el que se abstraen grandes oportunidades pero se concretan grandes riesgos. Hay avances pero no basta con sumar cosas sino que el marco general al final da la valencia a todo lo que no es interior del sujeto o los pueblos. Excepto la más íntima interioridad de los sujetos, todo está bajo la manufactura de lo mediático**. FERNANDO VIDAL, l.c. p. 46.

²⁵ Cf. Entrevista a las revistas de la Compañía de Jesús, L.c. 29.

identidad; 2) la mansedumbre o humildad porque los mansos están libres de altivez y resentimiento; 3) la confianza mutua que de via a la reciprocidad; 4) la prudencia que nos anima a adaptarnos a quienes están junto a nosotros, (cf Pablo VI, *Eclesiam suam*, 31).

Posteriormente, se han puesto de relieve diversos tipos de diálogo: el *dialogo de la vida*, el *diálogo de las obras*, el *diálogo de las ideas y comprensiones de la vida y de las herencias religiosas*, el *dialogo de las experiencias religiosas*, el *diálogo ecuménico*, el *dialogo Inter cultural*, etc. Subyace a todos ellos un deseo de entendimiento, de desarrollo armónico de la libertad y la responsabilidad, de compartir, de proyectar una convivencia pacífica.

Las relaciones interpersonales posibilitan y acrecientan el mutuo conocimiento, la comprensión, la tolerancia, el afecto recíproco, la convivencia, la colaboración, la construcción de una nueva comunidad, sea educativa, sanitaria, de emigrantes, de desplazados, de perseguidos, etc.

A nadie se le oculta lo dura que es la ascesis de la diferencia. De pronto se surgen frustraciones. Pero hay más gozo en dar que en recibir (cf Hch 20,35). Nosotros, religiosos y religiosas, habitamos las fronteras como *signo* y *profecía viviente* del Reino. En el Pueblo de Dios testimoniamos la vida nueva y eterna conquistada por la redención de Cristo (cf. LG 44). Las grandes causas de las divisiones, de los conflictos, de las luchas violentas, que anidan en las fronteras, vienen de la idolatría del poder, del placer y del tener. Nuestro estilo de vida pobre, casta y obediente, y nuestra vida fraterna en comunidad, proponen una “*terapia espiritual*” para la humanidad (cf VC 87). San Pablo, que tantas fronteras tuvo que cruzar, nos enseña con qué actitudes habitar en ellas: “Despojaos del hombre viejo con sus obras, y revestios del hombre nuevo, que se va renovando hasta alcanzar un conocimiento perfecto, según la imagen del Creador, en el que no hay griego y judío, circuncisión e incircuncisión, bárbaro, escita, esclavo, libre, sino que Cristo es todo en todos. Revestíos, pues, como elegidos de Dios, santo y amados, de entrañas de misericordia, de bondad, humildad, mansedumbre, paciencia, soportándoos unos a otros y perdonándoos mutuamente, si alguno tiene queja contra otro. Como el Señor os perdonó, perdonaos también vosotros. Y por encima de todo esto, revestíos del amor, que es vínculo de la perfección. Y que la paz de Cristo presida vuestros corazones, pues a ella habéis sido llamados formando un solo Cuerpo. Y sed agradecidos” (Col 3, 9-15)²⁶.

Nos movemos en la llamada cultura del “inter”. Tenéis experiencia de los efectos positivos en los diferentes campos de la pastoral. Las relaciones interpersonales, intergeneracionales, interculturales, interraciales, intercontinentales, interreligiosas, promueven la *intercomunicación* y la *intercomunidad*. Estamos vinculados por algo más profundo que por aquello que nos separa. Pero ¿acertamos con nuestros modos de estar entre los otros y de expresarnos para que nos entiendan? ¿Compartimos la fragilidad y la vulnerabilidad de los otros o somos meros espectadores? A quienes hemos sido llamados a adentrarnos en la lógica de la encarnación del Verbo y hacemos unos de tantos, como Jesús (cf. Fil 2, 6-11), se nos pide ser sensibles y cercanos, acoger y acompañar, cargar con fardos de los demás y ensanchar la tienda de la hospitalidad.

²⁶ San Pablo ilumina y fortalece el comportamiento de quienes se hallan en las fronteras poniendo de relieve la diversidad y unidad de los carismas, el símil del cuerpo y el himno a la caridad (cf. 1 Co, capítulos 12 y 13. Rom 12, 8-10. Ef 4,3-4,

5. Cruzar fronteras: identidad y solidaridad

Cuando se dice que las religiosas y los religiosos son mujeres y hombres “sin fronteras” es porque su vocación y misión trascienden los espacios geográficos, los ámbitos culturales y las situaciones sociales. Pueden pasar de unos a otros por su capacidad de estar allí donde es mayor la urgencia de anunciar el Reino. Su vocación es una pasión de amor. Admiten los límites, pero no las divisiones y menos la violencia, la injusticia, la exclusión. Se implican en la colaboración por hacer un mundo solidario. Llevan el pasaporte de las marcas del Jesús (Gal, 6,17). Habitando en las fronteras no interrumpen su búsqueda, ponen a punto su disponibilidad universal, afirman su identidad y anuncian -como el Ángel del Apocalipsis, la buena nueva eterna a todos los que están en la tierra, *a toda nación, familia, lengua y pueblo*” (Ap 14,6).

Habitar en las fronteras conlleva un ejercicio de identificación y de solidaridad. En las fronteras estamos delante de Dios para los hombres. No se diluye la identidad, se afirma en correlación y de forma dinámica a través de la inclusión y la creatividad que infunde el Espíritu. El paso de Jesús por este mundo, haciendo el bien, curando a los enfermos y expulsando demonios, nos enseñó a enfrentarnos con el límite último que es la muerte ofrecida por amor. Jesús puso nombre a la muerte en positivo: la puerta hacia otra vida por la resurrección. Jesús fue siempre el Hijo del hombre, el Mesías, el que había de salvar el mundo y se fue identificando atravesando fronteras; sin hacer concesiones a las tentaciones del diablo, ni al prestigio, ni al poder. La mejor expresión de agilidad, frescura y encanto de la vida religiosa es su pasión por Cristo y por la humanidad, como quedó reflejado en el Congreso de Roma del 2004.

Por eso, nuestra identidad no está debidamente afirmada si no se hace operativa en la fraternidad y en la solidaridad. La identidad, personal y comunitaria, crece no en la medida en que se la defiende y se la afirma como un tesoro a proteger, sino en la medida en que se la da como un regalo. Los carismas son para la Iglesia y para la humanidad. Cada uno es y vuelve a ser él mismo sólo en la relación libre de amor con otras personas. Por eso, nuestra identidad es siempre pacificadora y reconciliadora.

La solidaridad “es la *determinación firme y perseverante* de empeñarse por el *bien común*; es decir, por el bien de todos y cada uno, para que todos seamos verdaderamente responsables de todos”^{27 28 29}. Y de nuevo surge la figura de Jesús, el hombre plenamente solidario, que tuvo especial preferencia por los pobres. Si hay un hecho que preocupa en el mundo actual, tanto a la Iglesia como a la vida consagrada, es la frontera de la crisis económica, donde la sima entre miseria y abundancia es tan enorme. No podemos ser indiferentes. En fuerza de la solidaridad hemos de promover, primero con nuestro estilo de vida personal, comunitario e institucional, una real solidaridad y, segundo, colaborar con creatividad, cada uno según sus posibilidades, en el desarrollo de una sociedad más justa y libre. Hay que derribar las fronteras del egoísmo y de la avaricia. Que por nuestra causa, los pobres y los que esperan en el Señor no queden defraudados (cf. Sal 68, 7). Apuntémonos, pues, a *la promoción y realización de una globalización ‘en la ’ solidaridad*²⁸ y avivemos “*la imaginación de la caridad*” .

6. La inevitable selección de prioridades

Toda la Iglesia es misionera, pero no todos tenemos que hacer lo mismo. El Espíritu ha suscitado muchos carismas y ministerios para embellecer su Iglesia. Dentro

²⁷ *Solicitud rei solcialis*, 38.

²⁸ Cf. *Exhortación Iglesia en Europa*, 112.

²⁹ Cf. NMI, 50 y CdC 36.

del conjunto de la vida consagrada las diferencias de estilo en el seguimiento, en la espiritualidad y en la misión las marcaron nuestros Fundadores. Sus comunidades son obras de Dios para el bien de la iglesia y la vida del mundo.

La misión carismática y profética de nuestros fundadores nos está aguijoneando a abrir iniciativas y a correr los riesgos inherentes en el cruce de fronteras. No sólo las geográficas, aunque hoy nos apremian las migraciones, sino las que ponen divisiones entre los hombres y crean desigualdades inadmisibles. Las radicales opciones que proclamamos en nuestros capítulos tienen que pasar a la vida real con compromisos concretos. Sólo así confirmamos la caridad de las palabras con la caridad de las obras³⁰.

Es alto el número las fronteras (sociales, culturales y religiosas) en las que hay que romper barreras y dejar que fluya la comunicación, la comprensión, la paz, el amor cristiano. Por otro lado, hay que afrontar la complejidad que deriva de las situaciones reales de nuestro mundo, de nuestra iglesia y de nuestras comunidades. Cada instituto, según su carisma, habrá de seleccionar sus prioridades para contribuir que las familias, las escuelas, los centros sanitarios, toda la sociedad viva sin exclusiones.

Soy consciente de las limitaciones y de la precariedad en que nos movemos por la situación vocacional y el progresivo envejecimiento de las personas, a parte del cúmulo de trabajo que llevan las generaciones intermedias. De ahí la necesidad de un liderazgo creativo, profético y compartido para seleccionar las fronteras que debemos y podemos derribar. Casi todos los institutos se hallan en proceso de reestructuración y la barrera que más se resiste es la falta de visión y de disponibilidad. No se acaba de ver la novedad, las nuevas oportunidades y todo se convierte en amenaza. Vuestro servicio de animación habrá de propiciar la búsqueda, el discernimiento y la aceptación de lo que Dios puede estarnos pidiendo aquí y ahora. No veamos todo oscuro y paralizante, pues ni la cantidad ni la edad son signos de calidad. Confíemos en las pequeñas semillas que sembramos cuando

Es claro que vuestras presencias y servicios en las Iglesias particulares están en auténticas fronteras³¹. Pensemos en la educación, en la sanidad, en los múltiples servicios sociales. Sin perder el fin de la misión, hay que discernir qué frontera es la que más urge atender, qué habilitación de las personas requiere, qué medios vamos a emplear. Y no es cuestión de estrategia organizativa, sino de hacer posible que la levadura fermenta la masa y de que vuestra luz ilumine el mundo. Este año dedicado a la vida consagrada puede ser una buena oportunidad para repensar en el dónde estamos, qué hacemos y desde donde actuamos para que el Reino de Dios fructifique.

CONCLUSIÓN

El Espíritu nos convoca a revivir *la alegría de nuestra misión evangelizadora* en todos los frentes y a través de todos los medios, pero sobre todo en esos espacios donde está en juego la vida y la dignidad de la persona, que es imagen de Dios. Que no nos asuste la complejidad en la que nos movemos cruzando fronteras. “Los desafíos están para superarlos. Seamos realistas, pero sin perder la alegría, la audacia y la entrega esperanzada. ¡No nos dejemos robar la fuerza misionera!” (EG 109). Hagamos de nuestras comunidades otros “Pentecostés en salida” con la seguridad de las Palabras de Jesús: “seréis mis testigos... hasta el confín de la tierra” (Hch 1,8) y siempre apuntando

³⁰ Cf. NMI, 50.

³¹ Cf. AA.W. Rev. Confer, n. 185, vol. 48 (2009), pp. 125-202.

hacia lo nuevo.

A lo largo del año dedicado a la vida consagrada en la Iglesia vamos a celebrar el don de nuestra vocación como *buena noticia* para el mundo de hoy. Esperemos que sea *tiempo favorable* para la búsqueda, la apertura, el viaje a las periferias, el encuentro con los otros y el cruce de fronteras. Todo con un fin: La *impostergable renovación* eclesial y de la vida consagrada. El Papa Francisco se ha expresado así: “Sueño con una opción misionera capaz de transformarlo todo, para que las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda estructura eclesial se convierta en un cauce adecuado para la evangelización del mundo actual más que para la autopreservación. La reforma de estructuras que exige la conversión pastoral sólo puede entenderse en este sentido: procurar que todas ellas se vuelvan más misioneras, que la pastoral ordinaria en todas sus instancias sea más expansiva y abierta, que coloque a los agentes pastorales en constante actitud de salida y favorezca así la respuesta positiva de todos aquellos a quienes Jesús convoca a su amistad” (EG 27).

Tenemos un icono singular en esta misión: María, la Madre de Jesús y madre de todas las vocaciones en la iglesia. Termino con estas palabras del Papa Francisco referidas a Ella: “María sabe reconocer las huellas del Espíritu de Dios en los grandes acontecimientos y también en aquellos que parecen imperceptibles. Es contemplativa del misterio de Dios en el mundo, en la historia y en la vida cotidiana de cada uno y de todos. Es la mujer orante y trabajadora en Nazaret, y también es nuestra Señora de la prontitud, la que sale de su pueblo para auxiliar a los demás ‘sin demora’ {Le 1,39}. Esta dinámica de justicia y ternura, de contemplar y caminar hacia los demás, es lo que hace de ella un modelo eclesial para la evangelización.” (EG 288).

Termino con cuatro deseos: Que nos dejemos evangelizar y reconciliar. Que cuidemos de las personas y reavivemos las comunidades. Que seamos amigos de los pobres y amemos a los diferentes. Y que no tengamos miedo a la transformación de las estructuras que nos lleva a vivir más evangélicamente y a comprometernos más con el anuncio del Evangelio.

+ L. Quiñones
